

## CONTEXTO, INTERACCIÓN Y CONOCIMIENTO

**Ángel Rodríguez**  
Universidad de Murcia

---

No parece práctica usual en nuestro panorama psicológico tomar postura pública, crítica o de respaldo, ante los trabajos de otros tiempos de la comunidad científica. Da a veces la impresión de que si las ideas se comparten se silencia el hecho y, si no, parece existir un exagerado pudor a señalar puntos flacos de las teorías, enfoques o ideas que otros exponen. Rompo una lanza por la toma crítica de postura.

Quizás por la tardía constitución académica de la especialidad y, por consiguiente, de una amplia comunidad de investigadores, o debido acaso al sistema de promoción académica o a la dependencia de lo que se hace en otros pagos, es demasiado escaso, a mi entender, el número de investigaciones en las que el autor se hace responsable de las ideas que expone. Se diría que lo más frecuente es que se recurra a la cita de «autoridades» cada vez que se hace alguna aseveración que pudiera tener visos de originalidad y chocar con las ideas que otros defienden.

Es además poco frecuente entre «académicos» la toma de postura explícita que pueda sugerir algún trastorno de ideología; si acaso, se admite que siempre está presente; pero se podría pensar que se considera de mal gusto hacerla explícita, lo cual objetivamente podría no distar mucho del encubrimiento en el sentido de Gergen (1973, p. 312).

Para decirlo en breve, tengo la impresión de que se rehúye el debate. Lo malo es que a estas alturas ya quizás estemos corriendo el riesgo de que a fuerza de disimular las ideas propias o de disimular no tenerlas, terminemos por carecer de ellas.

Si por evitar que se nos tilde de dogmáticos o quizás de petulantes, cada vez que hacemos una afirmación arriesgada, recurrimos a apoyaturas eruditas que justifiquen que ya hubo doctores que así lo vieron, casi como con disculpas de haber tenido una ocurrencia (resultado, a veces, de una larga reflexión) original, lo que estamos haciendo es incurrir en una autocensura de todo lo que no lleve al marchamo de moneda en uso, sea de cuño skinneriano, freudiano o cognitivista.

Resultado de todo ello es un frecuente sincretismo por la vía de en medio que evite la etiqueta de alguno de los muchos —ismos que en vez de señal de identidad pueda convertirse en estigma. Pero al mismo tiempo, si no se quiere pasar por ignorante, se ve uno tentado a ponerse al día con la última que se le haya ocurrido a alguien allende el océano, con la consiguiente imposibilidad de arraigar en una postura y agotar sus posibilidades explicativas, antes de pasar a la de moda. Lo nuevo niega lo viejo, y siempre en espera de mejor opinión.

Puede que sea una impresión subjetiva equivocada la de que incluso en publicaciones de carácter empírico no son excepción los virtuosismos al estilo de cierta práctica renacentista de hacer recitar a Ovidio, pongamos por caso, el evangelio según S. Mateo en dísticos del *Ars amatoria*. Una y otra vez publicamos artículos en los que parece que la lectura de trabajos ajenos más que para dialogar con ellos y fecundar así nuestras ideas, se reduce a entresacar unas cuantas sentencias más o menos lapidarias, con las respectivas concordancias en cita correspondiente, y ensartarlas en un armazón al que contribuimos poco más que con la argamasa y sin que en muchos casos signifique ampliar o enriquecer con aportaciones de fuera nuestro panorama científico. Resultado suele ser la redundancia en lo ya dicho o la vacuidad.

No es pesimismo lo que me inspira tales reflexiones, que, por lo demás, van en primera persona, sino lo contrario; existe en nuestra psicología preparación, conocimientos teóricos y actividad más que suficiente como para que la comunicación no se

reduzca a diálogo de sordos o, como máximo, a interacción de pseudocontingencias, y existe disparidad suficiente de criterios y teorías como para que el debate pueda ser productivo y eficaz.

Quiero expresar, para terminar esta introducción, mi temor de que se esté confundiendo la polémica con la descalificación o la maledicencia; ejemplos no faltan en la historia general, incluso reciente, de la Psicología; pero para nuestra comunidad científica quisiéramos polémicas del nivel de las despertadas por un Eysenck, Israel y Tajfel o un Holzkamp, por quedarnos en Europa, siempre que no se confundiese el ataque personal con la rivalidad teórica. Tómese en este sentido lo que a continuación sigue.

### **Alguien que se echa al ruedo**

En el número 1 del *Boletín de Psicología* de Valencia publicada en Enero pasado J.Seoane un artículo titulado «Psicología Cognitiva y Psicología del Conocimiento» que puede ser una oportunidad para el debate por su declarada y explícita provocación a la toma de postura, debate que puede servir al crítico y al autor para aclararse las ideas acerca de lo que éste dice «tener las cosas poco claras» (p. 25).

Bienvenida, pues, la invitación a que «reacciones críticas me digan si —lo que él expone— tiene algo de sentido (ib.).

Para empezar, expone Seoane de forma autobiográfica su trayectoria intelectual: incorporación a la psicología desde los estudios de filosofía de la ciencia y el paso por una serie de etapas que van desde el positivismo, neopositivismo, psicología «empírica», simulación en computadores, nueva filosofía de la ciencia, psicología cognitiva y, ahora, «psicología del conocimiento humano en el sentido más fuerte de la palabra» (30), para la que el autor dice no tener «graves problemas en pasar de la ciencia a la filosofía... y no me importa moverme en una psicología teórica, científica o filosófica» (30).

Brevísima introducción, pero me parece suficiente para suscitar por sí sola muchas ideas críticas; me atenderé primero a las relativas a la forma y al pasado y, en una segunda parte, entraré en contenidos y el presente.

### **Azar y divertimento**

Sorprenden los motivos que el propio autor aduce para esos numerosos cambios en tan escaso período que no alcanza los tres lustros, para esos saltos de una orientación a otra en su «curriculum» intelectual. Una concepción tan simplistamente lineal y subjetivista como la que se manifiesta en la afirmación explícita de que los sucesivos cambios no se han debido a otra cosa que a «algo parecido al aburrimiento, cansancio o fastidio», a la repetitividad, falta de imaginación y de estilo (p. 26 y 28 «passim») considero que revela un candoroso concepto de la historia que poco sabe de condicionamientos, determinaciones y sobredeterminaciones sociales y culturales.

Aburrimiento, pues, que es «resultado de no encontrar un aliciente muy claro en esa problemática» (a saber: «condicionamientos, contracondicionamientos, deducciones de hipótesis, "pruebas" estadísticas de significación, análisis factoriales, etc.» (26)). Esto en cuanto a los motivos para abandonar posiciones previas.

Por lo que se refiere al «aliciente» para elegir la opción de salida, se trata de «encontrar así una orientación divertida, entretenida en el mejor sentido de la palabra, *para enfocar de nuevo la psicología*». Mucha pretensión es esa (la cursiva es mía), pero qué menos: contra aburrimiento, diversión.

En otro pasaje dice respecto de lo mismo: «Jugar con un computador, programar un comportamiento, me hizo creer en nuevas vías de pensamiento, de sociedad y de psicología; algo que podía merecer la pena, más imaginativo y menos académico» (27). Bien, puestos a cambiar, se trata en definitiva de algo evidentemente legítimo: juntar el oficio con el beneficio; es decir,

remodelar la psicología e incluso la sociedad divirtiéndose, si no por diversión.

Lo que no sabemos es por qué había que abrir nuevas vías a la psicología o cambiar la sociedad; por qué eso «merecía la pena» o por qué para un investigador declaradamente teórico (cfr. 28 y 30) debía resultar aburrido lo anterior; pero sobre todo por qué era justamente, pongamos por caso, la simulación en computador la vía por la que se había de intentar conseguir todo eso. No digo que no pudiera o debiera ser así; sencillamente falta toda justificación.

Después de todo no debiera omitir el autor que, al fin y al cabo, al cambiar de orientación siempre eligió una que, aunque quizás todavía en ciernes, ya existía, ya estaba en marcha en otras comunidades científicas; lo cual por supuesto no le resta méritos a la sagacidad de haber sabido desde muy temprano identificar como prometedora una dirección (computadores, psicología cognitiva y, ahora, la del conocimiento).

Claro que no es nueva la racionalización de la historia de la ciencia (y del «currículum» de los científicos, véase al respecto «la lógica en acto» y la «lógica reconstruida» como idealización de la práctica del científico no en Kuhn o el Lakatos, sino del Kaplan de *The conduct of inquiry*) lo que sí pudiera ser nuevo es esa forma de ver el contexto de descubrimiento o la psicología del investigador. Admito que aquí menos que en ningún otro lugar se puedan establecer leyes, pero ello no autoriza a saltarse los más elementales conocimientos de sociología de la ciencia y del conocimiento, de los condicionamientos externos e internos de la ciencia al reconstruir la propia historia intelectual. Por lo demás el aburrimiento no le viene al autor «de lo que él» hace o no, sino porque «ahora ya podemos hablar sobre docenas de manuales... que respaldan los modelos sin imaginación, sin estilo ni buen gusto» (28). Al menos por una vez sí cuenta el contexto.

## Juegos peligrosos

Si se me permite la digresión, a propósito del aburrimiento, el buen gusto, la diversión o el estilo (términos y contexto recurrentes en el mencionado artículo) se me ocurre si no ha sido justamente, ya desde Aristóteles hasta, digamos, Hans Albert, la *raison d'être* del hombre de ciencia y de la ciencia misma: en último término el progreso de la ciencia se ha atribuido al deseo de saber, denomínesele *theorein*, *Wahrheitssuche*, *Erkenntnisinteresse* o, etimológicamente, *philosophia*, frente a la instrumentalización tecnológica del saber.

¿No es en definitiva cuestión de «buen gusto», de «estilo», de goce estético digamos de diversión en términos del autor? Claro que esos mismos términos, aunque con sentido menos halagüeño, son los que utiliza K. Ring (1967) en su definición de la psicología (social) empírica actual como «the fun-and-games approach». Y es que la historia ha cambiado y los juegos científicos son, desde hace años, juegos peligrosos.

Si se me arguyera que el científico para serlo ha de poder actuar en libertad de investigar lo que le cumpla, contestaría que, aparte de que la libertad tiene numerosas limitaciones de las que el científico puede percatarse o no —y a la vista está—, y de ahí que el aburrimiento no sea una explicación suficiente, la sociedad en un sistema de división del trabajo le paga para eso, para que sea científicamente productivo, y me remito a la respuesta que Eysenck da, y que comparto, a la pregunta «¿Opina Vd. entonces que los psicólogos tienen el deber de trabajar en algo que sea útil para la sociedad?» (en Cohen, 1980, p. 151). Y, a propósito de libertad, ¿por qué ha de ser «absurda» la tolerancia científica que «permite que los que se dedicaron en algún momento a la modificación de conducta... puedan hablar ahora de terapias cognitivas... ?» (29). ¡Quizás lo hagan porque no sólo la simulación en computador produce aburrimiento!

### **... Por casualidad**

Volvamos ahora a los motivos para el cambio. El subjetivismo con que el autor reconstruye su propia biografía intelectual me parece estar basado en una línea totalmente errónea de cómo progresa la ciencia o, digamos, de cómo discurre —progreso o no— su historia. Da la impresión de que (la historia de) la ciencia se produjese a galope de espontaneísmo voluntarista, a fuerza de sacudirse de encima modelos y teorías cuando uno se ha aburrido de ellos, o a base de ocurrencias que a uno le llueven encima cuando se encuentra aburrido. Como si el caldo de cultivo historicosocial en que uno vive y hace ciencia quedase anulado por el mejor o peor olfato personal para «poner a funcionar los receptores cada vez que pase algo interesante» (27, «ad sensum»).

¿Fue tan casual que le resultase aburrida «aquella problemática?» (cfr. más arriba), y que justamente «en aquella época llegaban noticias alarmantes de fuera del país» acerca de que «la filosofía de la ciencia tanto en su vertiente epistemológica como metodológica, estaba ..."arrumbando" con el positivismo, criticaba la problemática de la confirmación, de la experimentación, de la justificación del conocimiento» (ib.)? ¿O es asimismo casualidad que las noticias vinieran de donde venían? ¿Acaso se debió sin más a que allí los científicos se habían aburrido del mal estilo de las teorías anteriores y sencillamente buscaban algo más divertido? O para rematar, ¿era acaso un azar que los «receptores» del autor sintonizaran por entonces justamente con esa longitud de onda?

Quizás se debió más bien a que aquí y allí existía toda una situación histórica (y no sólo de la pura ciencia como tal) en la que, ciertamente, también tienen cabida variables subjetivas, el aburrimiento incluido. ¿Sigue el autor creyendo que es por motivos estéticos, de buen gusto o de aburrimiento por lo que entrevé hoy la posibilidad, quizás necesidad, de pasar de una psicología cognitiva a una «psicología del conocimiento humano en el sentido más fuerte de la palabra»?

No es cuestión de postular ningún «ardid de la Razón» que se sirva de los caprichos individuales para realizar supuestos designios de razón absoluta alguna; más bien se trata de tener en cuenta condicionamientos sociales que incluso determinan en

buena medida qué se considera divertido o aburrido y cómo y hacia dónde salir del «aburrimiento». Ni siquiera es cuestión de naturalizar la historia o las ciencias sociales con supuestos «cánones» universales y únicos o de introducir, sin más, categorías teleológicas que fundamenten un concepto de necesidad sociohistórica; más bien se trata de partir de leyes condicionales del tipo de «si... entonces» en las que se contiene una necesidad condicional y en cuyos términos cuenta sin duda bien poco el aburrimiento, aunque debe tenerse en cuenta.

### **Nada mas practico... y viceversa**

Me parece por lo demás perfectamente legítimo desde la óptica subjetiva, y necesario desde la objetiva, que en la comunidad científica se produzca una división del trabajo por la que debe haber investigadores cuyo «principal entretenimiento consiste en detectar nuevas perspectivas teóricas» (28), cuyos «receptores se pongan a funcionar» cada vez que esté «pasando algo interesante» (27), e incluso que elaboren orientaciones nuevas originales, para lo cual sin duda ha de ser muy útil que no tengan «problemas en pasar de la ciencia a la filosofía» ni les «importe moverse en una psicología teórica, científica o filosófica» (30). Si no los hubiera habría que inventarlos.

Solo que no tiene sentido justificar las diversas «mutaciones psicológicas» (29) y cambios de una postura u orientación teórica a otra totalmente o en parte opuesta, con independencia de cuáles sean los desarrollos que la ciencia en el contexto general de la comunidad científica y de la sociedad en que se inscribe están requiriendo. Las cosas están sin duda mucho más claras bajo el radio de iluminación de la farola, pero... si lo que buscamos se perdió a cien leguas, será inútil confiar en «serendipities» de casuales flautas por divertidas que sean.

Traducido a términos kuhnianos, ¿se habían agotado previamente las posibilidades explicativas del «paradigma» anterior?. No es mi intención convertir en prescriptiva la descripción histórica que Kuhn hace de la ciencia, y ni siquiera pretendo que sea la suya la interpretación correcta de la historia; lo que sí

afirmo es que carece de sentido para el desarrollo de la ciencia en la propia comunidad el ir recogiendo los «últimos gritos» de lo que sucede en otras latitudes, por más que quizás luego se consoliden y fructifiquen, sin atender a lo que son las necesidades de la praxis, so pena de continuar sufriendo la dependencia de lo que otros hagan, a la espera de que lleguen a algo definitivo, para ponerse uno mismo a hacer... cuando puede que sea ya demasiado tarde por estar la penúltima solución sobrepasada otra vez.

Si no se atiende a lo que son las necesidades de la praxis (que también puede ser teórica), corremos el riesgo de caer en un continuo «estar de vuelta antes de haber llegado» (Pinillos, 1975, p. 13). Lo cual no significa, naturalmente, que cada comunidad deba recorrer el camino que ya otros abandonaron y tropezar donde otros ya lo hicieron; la comunicación intercomunitaria es un hecho, pero ello no exime de vérselas cada uno con su propio contexto. De lo contrario difícil es que arraigue ni esta ni aquella forma de entender y, sobre todo, de hacer psicología si resulta que nuestra actividad consiste en un continuo desandar lo andado. Existe, por lo visto, un país en el que se está instalando una refinería de crudos desde hace trece años, pero cada dos se desmonta lo ya hecho; y todo porque «llegan voces» de que existen ya nuevas tecnologías más al día. Quizás sea divertidísimo para los técnicos el ejercicio de quita y pon; pero de refinados ni gota.

### **Habrá otro entre si decía ...**

No quiero terminar esta primera parte sin volver a la carencia de sentido sociohistórico que arriba achacaba a la reconstrucción biográfica que Seoane hace de su «currículum» intelectual, pues el tema me parece de interés para lo que sigue en la segunda parte.

*Búsqueda sin término*, de Popper, lleva por subtítulo «Una biografía intelectual» y, con las debidas diferencias, puede servirnos para explicar un poco más las consideraciones que hasta ahora he venido haciendo.

No creo que la forma en que Popper reconstruye su propia biografía sea casual ni ajena a sus polémicas con otras formas de interpretar la historia de la ciencia (y la otra), aunque a veces más parece dar razón a sus adversarios. Es evidente la táctica seguida, bien contraria a la de Seoane: a grandes pinceladas delinea situaciones históricas, políticas, sociales y académicas en las que poco a poco fue apareciendo su producción. Una lectura apresurada quizás pudiera sugerir que tales datos son un recurso literario para retener la atención del lector; son todo un ejemplo de sentido de la historia. Ni los avatares de la emigración, ni los encuentros a veces casuales con este o aquel científico, son indiferentes para el desarrollo de su obra teórica en tal o cual época y contexto.

No podrá negarse que a Popper le cuadra quizás como a pocos la afirmación de que lo suyo no eran las aplicaciones de la ciencia, y sin embargo difícilmente podría decirse de sus propuestas teóricas que estaban desconectadas de las exigencias que planteaba la praxis científica —y a veces no tanto— o que se tratase de lucubraciones, tal vez correctas, pero fuera de contexto y lugar.

## **SEGUNDA PARTE**

### **(Auto)justificación**

Remitiéndome a las consideraciones que hacía en la introducción quiero subrayar que no es mi intención intentar enmendar la plana a nadie, ni siquiera medir fuerzas; mi propósito es tomar en serio el hecho mismo de hacer pública una postura, criticar ideas y arriesgar las mías.

Entiendo que al hacer público su trabajo, Seoane —además de recibir críticas que solicitaba y declaradamente intentaba provocar— tenía la intención expresa de «persuadir, cambiar actitu-

des y creencias» de quienes se dedican a la psicología o al menos a la cognitiva.

En su trabajo va implícita nada menos que toda una forma de entender la ciencia en su conjunto, desde cómo y por qué sucede la actividad del investigador, hasta los fines de la ciencia; y sobre todo se contiene en él una detallada exposición de lo que la psicología debe ser. Sin duda hay en ello una pizca de retórica, destinada quizás a sacudir rutinas de procesamiento.

Rezuma el trabajo una convicción individualista y considerablemente pesimista de la situación actual de la psicología y por otro lado una discutible idea de los fines y medios de tal situación, idea que me permito criticar y confrontar con la que tengo.

Como opino que la ciencia tiene también su vertiente social en cuanto resultado de interacciones múltiples entre un científico y otro, entre el científico y la sociedad, entre la teoría y la praxis, entre medios y fines, etc.; y como opino también que no es tanto fruto de interacción dentro de los marcos de algún «club de admiradores mutuos como intercambio restringido de buenos procedimientos» (Bourdieu y otros, 1976, p. 109), sino más bien de una «red de crítica continua» (Polanyi, citado *ibidem*) de forma que la actividad investigadora no se estanque en un diálogo de sordos o de pseudointeracción por la que los interactuantes establezcan simplemente una sincronización en sus respuestas sin que exista atingencia alguna entre éstas, como opino de todo esto, digo, considero también que está justificada mi crítica.

### **Hypotheses non fingo**

Son mucho los puntos que Seoane apunta, insinúa y luego deja sin detenerse. Ante la imposibilidad de tenerlos todos en cuenta, intentaré resaltar los que me parecen importantes, para lo que voy a permitirme a una serie de (hipó)tesis, esperando no traicionar su sentido original:

A) Psicología cognitiva «es casi igual» a procesamiento de información. A la psicología cognitiva habría que traducirla por

psicología del conocimiento humano; de lo que sigue que psicología del procesamiento «es casi igual» a psicología del conocimiento humano. Pero eso es lo que habría que lograr; la ecuación no es aplicable en el estado actual. La psicología del conocimiento habría de ser la meta de un recorrido que va desde la psicología cognitiva «con sus raíces experimentales clásicas pasando por todo el conductismo y llegando al procesamiento de información actual para introducirse en la psicología del conocimiento humano en el sentido más fuerte de la palabra» (30).

Existen ya antecedentes de una psicología del conocimiento, «pero muy pocos que sean actuales» (30) y de ellos unos coinciden y otros se oponen a que se establezca la ecuación antes citada.

B) Para realizar la propuesta (A) hay que llevar a cabo una reforma de la psicología cognitiva que hoy se identifica con el procesamiento de la información:

En primer lugar, hay que sustituir los términos de «*Cognition*, más neutro y amorfo» por el de conocimiento, y «procesamiento» por el de Elaboración; la expresión, deberá ser por tanto, «elaboración de conocimiento».

Hay que tener en cuenta los «contenidos» de la información; de ahí que sea necesario sustituir también *retrieval* por *remembering* (mientras que *retrieval* es «recuperar algo de un computador o de un lenguaje formal, sintáctico» (35) *Remembering* «es recuperar algo pero recuperarlo con contenido» (ib.). Y es que «si la información humana no es conocimiento, no sé qué es información» (34-35). El conocimiento es de algo, de un contenido.

Bartlett estaría entre los antecedentes que, como «autoridad», se cita en el trabajo.

C) Hay que reivindicar para el término *cognition* (en el sentido modificado de conocimiento), el carácter de «conocimiento en el sentido más fuerte de la palabra», que en esta ocasión es lo mismo que conocimiento científico, en cuanto representación simbólica del medio externo» (?). Y es que dentro de la tradición heredada se ha entendido que el conocimiento es científico sólo

si ha sido «justificado», pero «la justificación no es un criterio de demarcación del conocimiento científico» (32).

Es necesario, pues, acabar con el justificacionismo: «queremos justificar nuestras hipótesis y nuestras teorías, estamos empeñados en justificarlas cuando parece que esto no es posible ni necesario» (34). La justificación no vale porque en definitiva «es resultado de un sistema de creencias y valores,... no mejora el conocimiento» (32), y es que se ha basado fundamentalmente en una metodología experimental, y el «lenguaje experimental es un sistema de comunicación... cuya finalidad es la persuasión, el cambio de actitudes y creencias» (34). 94

La nueva psicología, que lo es del conocimiento, deberá por consiguiente despegarse de la tradición conductista en la que se formaron buena parte de los cultivadores de la actual «que no ha conseguido una ruptura con el canon naturalista» y que «arrastran (los actuales psicólogos cognitivos) una metodología positivista, naturalista, de la justificación científica» (33).

D) La psicología cognitiva debe además redimirse de la «desorbitada ausencia de las perspectivas sociales» (36). También desde la perspectiva social la psicología cognitiva se ha mantenido en el marco de la tradición heredada, por más que sea inminente una inundación «de artículos, libros, proyectos de investigación donde se hable de una psicología social cognitiva aunque —por supuesto y a falta de las enmiendas que el autor propone— todavía no de la psicología del conocimiento social» (36).

En contra de la postura tradicional y en explícita referencia a Simon (1976) —otro de los antecedentes—, Seoane parece también entender que la psicología cognitiva en sentido fuerte es psicología social y la psicología social es cognitiva. Con Zajonc considera que la «psicología experimental, la de laboratorio, es un caso especial de la psicología social cognitiva» (36), «el caso general serían los aspectos sociales» (37).

Un sencillo razonamiento me hace creer que en la psicología del conocimiento (y se diría que en cualquier psicología, dadas las premisas que acabo de citar) no es posible laboratorio ni, supongo, experimento alguno: «estamos en el laboratorio cuan-

do reducimos a cero las variables críticas importantes», pero «nunca conseguimos ponerlas a cero» (37).

E) Se plantea, al menos como hipótesis, «que la historia es algo parecido a la manifestación del procesamiento social del conocimiento, que también cuenta con sus almacenes de memoria —con frecuencia llamada cultura, con sus diversidades y tipos— y con sus estructuras de procesamiento: las instituciones y organizaciones» (37); de todo lo cual parece deducir el autor que «es lo mismo hablar de las dimensiones sociales del conocimiento que mantener unidades históricas para el análisis del conocimiento» (ib.).

(También de esto hay, evidentemente, antecedentes, pero quizás para el autor Durkheim o Halbwachs no están ya en los antecedentes «que sean actuales», y Gergen (1973) o Pepitone (1976), por decir algunos, son actuales, pero no antecedentes).

F) Haciendo buena la metáfora anterior, no es extraño que tome luego el concepto de ideología «como última unidad de análisis tanto a nivel histórico como individual» (37), y así en una auténtica psicología del conocimiento humano «cualquier proyecto... debe partir de unos sistemas de creencias... o expectativas» que están en la base de toda forma de conocimiento y que podríamos definir como «relaciones subjetivas de conocimiento»; es decir, —y esto es interpretación mía, de la que no estoy muy seguro— que se expresan en proposiciones que tienen como referente «hechos, acontecimientos o existencias», pero aún a nivel subjetivo.

Integradas entre sí esas creencias o expectativas dan lugar a unos «esquemas conceptuales generativos... que desarrollan hipótesis y teorías, produciendo relaciones de sentido sobre el conocimiento del medio ambiente real, imaginado o implícito» (37-38). Cuando varios de esos esquemas conceptuales generativos se integran entre sí dan lugar a un «modelo conceptual o ideología» (38).

Si tenemos en cuenta que la nueva psicología cognitiva debe ser la de la elaboración del conocimiento y que «El procesamiento total de la información a través de estos sistemas... es... la elaboración de conocimiento» (38), tendremos ya una cierta idea de cómo ha de ser la nueva psicología. Pero no es eso todo: la

elaboración del conocimiento puede ser usual-normal (si «las expectativas que tenemos se cumplen según nuestros deseos», sic., 38). Si la creencia o expectativa no se cumple (según nuestros deseos, supongo), el esquema conceptual «pierde integración»; pero si la no confirmación, entiéndase desintegración, afecta al modelo conceptual «el proceso recibe a menudo el nombre de revolución».

### **La revolución pendiente**

¿Qué menos que aplicar al suyo lo que según el autor hay que aplicar a «cualquier proyecto de investigación sobre conocimiento humano o científico»?

Podríamos hacer un recorrido a la inversa y analizar la propuesta a la luz del modelo que contiene; llegaríamos así a las creencias y expectativas de las que se dice hemos de partir; y en efecto, se nos confirman (deseos aparte) en el texto: «A nadie se le escapa... que los planteamientos anteriores tienen ciertas reminiscencias muy de la época, ... elementos típicos de una ideología que matiza una determinada concepción científica» (39).

No se nos confirman en cambio las expectativas (que esta vez sí irían unidas al deseo) de ver «traducido a lenguaje experimental» el modelo propuesto; pero como para el autor la justificación «sólo hace mejor al que justifica» (32), lo dio por hecho, y la propuesta de traducir el proyecto a lenguaje experimental la añade sólo como concesión «para producir cierto impacto en los demás científicos» (39), es decir, «persuadir, cambiar actitudes y creencias» como ya avisaba en p. 34 y recalca de nuevo en p. 41, al definir la «finalidad principal» del lenguaje experimental.

¿Cómo poner entonces a prueba los proyectos, las hipótesis, las teorías y en definitiva las creencias y las expectativas subjetivas? O se imponen por sí mismas, o se trata de contraponer unas creencias a otras; entonces huelga el trabajo de traducirlas a lenguaje experimental, pues éste además de su función objetivadora ha perdido también la persuasoria, única que le reservaba Seoane. Quizás lo entrevió y de ahí que prevaleciese la lógica en acto sobre la lógica reconstruida: el autor no haciendo lo que dice, fue consecuente con lo que ello mismo implica.

Perdió con ello una buena ocasión de descubrir un aspecto efectivamente «social» del conocimiento: los sistemas de creencia, aún siendo subjetivos, tienen también su vertiente social, por eso los suyos tienen también esas «ciertas reminiscencias muy de la época» (39); no ha realizado todavía esa «revolución» por la que dice se rompe el modelo conceptual o ideología, como se revela además en una cierta «concesión» difícilmente compatible con todo el resto; la cita completa es: «habría que traducirlo (cualquier proyecto de investigación) a lenguaje experimental para producir cierto impacto en los demás científicos y *para producir una tecnología de relevancia social*». Ahí es nada; el subrayado es mío.

Quizás por aquello de los antecedentes se me ocurre que lo de la revolución pendiente se ha invocado ya más veces (Hebb, 1960; Miller, 1969) con similares resultados de que sigue quedando pendiente. Veamos el diagnóstico de la situación que hace Seoane, por si la revolución ya se hubiese producido.

La psicología, una vez más, ha llegado «a un callejón sin salida» (28), no es muy distinta de la conductista (29) y hay algunos que se aburren: «suena todo a demasiado hecho, demasiado aburrido» (28). Por lo uno y por lo otro, contra conductismo y contra aburrimiento «hay que buscar nuevas salidas... activar el panorama» (29).

Y todo ello porque «un buen porcentaje de nuestros psicólogos cognitivos actuales», «por la formación que recibieron», «arrastran con ellos una metodología positivista... naturalista, de la justificación científica», lo que conduce a que «la psicología cognitiva actual se desarrolle... como la desarrollaron los conductistas» (33). Pero de sí mismo dice: «recibí una formación en la problemática del entonces llamado positivismo y neopositivi-

vismo..., por otro lado... estudiaba psicología científica, la psicología "de verdad"» (26). Después llegó a la cognitiva.

Se nota; con muchos de aquellos a quienes él critica, comparte la identificación de la psicología sin más con la psicología cognitivista y hasta parece compartir la decisión de ignorar lo que no haya sido procesamiento de información en el sentido ahora denostado: «que si etapa por aquí, que si nivel de procesamiento por allá; que si recuperación, almacenamiento o codificación, que si el computador es, pero deja de ser» (28).

No es cuestión de alardes eruditos, pero quisiera recordar que no son tan recientes ni escasas como para pasar desapercibidas las investigaciones que sí han tenido en cuenta los «contenidos», las «dimensiones sociales» del conocimiento, y hasta los aspectos psicológicos de la actividad investigadora. El diagnóstico de la situación actual es, a fuer de parcial, sesgado. La alternativa para salir de la situación, además de no tener la originalidad que el subjetivismo inicial parecía prometer, se queda muy corta si se la compara con lo que «ya hoy» se está haciendo. Quizás apuntó bien, pero no llegó suficientemente lejos.

Discúlpese que sea selectivo y desarrolle sólo algunos, y de forma desigual, de los puntos reseñados en los que considero que está desfasada la propuesta; prefiero dejar algún espacio para siquiera insinuar la mía.

*a) Hay psicología de los contenidos del conocimiento*

Empiezo por afirmar que el procesamiento de información, con sus análisis y experimentos sobre aspectos formales, sintácticos y de etapas, niveles, amplitud y profundidad sigue siendo útil, aunque no se deba reducir a eso la psicología. Con igual derecho que la cognitiva podría proponerse una psicología motivacional, emotiva o sentimental.

Entiendo que una psicología del sujeto humano ha de estudiar también los aspectos que preceden a la acción, entre los que sin duda es el conocimiento uno de los principales, e importantes son asimismo las formas de su adquisición y funcionamiento, como lo son los contenidos. Nótese de paso, que la dis-

tinción entre actos y contenidos de conocimiento quizás reclame que aquello de una «psicología plana sin orografía histórica» (32) no sea sólo como para citarlo incidentalmente.

Que la psicología no se haya ocupado sólo de aspectos formales del conocimiento lo demuestra la investigación sobre motivación o valores, o la de la psicología transcultural.

*b) Hay psicología que sí tiene en cuenta las dimensiones sociales del conocimiento, aunque todavía en sentido restringido*

Me permito explayarme más aquí. Es verdad que han salido y probablemente seguirán saliendo gran cantidad de publicaciones que intentan hacer aplicación de la psicología experimental a la psicología social cognitiva. No me pronuncio sobre su oportunidad. Es verdad también que la categoría de *social cognition* ha estado de moda según cierta concepción parcial a la que bien podrían aprovecharle las recomendaciones de Seoane. Pero es tan antiguo como la misma psicología social el análisis del conocimiento según una noción «social» del mismo; así que antecedentes no faltan, aunque quizás con «poco impacto sobre otros científicos», eso sí.

Sin hacer referencia a procesamiento, los contenidos se han tenido en cuenta desde por lo menos el Wundt de la *Volkerpsychologie*, Sherif, o Bruner o en las teorías en torno a la disonancia o a la percepción social. Y todo ello ya antes de 1960. Más bien cabría decir que en psicología social la consideración de aspectos cognitivos meramente formales como tales es reciente.

¿Es suficiente esa forma de ocuparse de lo social del conocimiento? Tampoco. Existe una muy abundante bibliografía de investigaciones sobre conocimiento en un sentido mucho más social de lo que podría sugerir una definición como la que da Seoane y según la cual son sociales los «conocimientos... de interacción social, de percepción social, de razonamiento social, de inferencia social, etc.» (40). Eso sería una noción demasiado banal. Si el carácter social del conocimiento se agotase en eso, considero que el procesamiento de información sería una óptima estrategia para su análisis.

Lo que sucede es que al definir lo que es un conocimiento social, Seoane se limita a lo que más propiamente podríamos llamar conocimiento «de lo social», y aún eso en un sentido ciertamente restringido; si planteamos la distinción entre conocimientos sociales y otros que no lo son (o «antisociales», como ironizaría Tajfel), nos colocamos ya en la postura que con fundamento se pretendía rebatir y nos hallamos de nuevo en contradicción con la afirmación de que «la psicología experimental, la de laboratorio, es un caso especial de la psicología social», que «el caso general son los aspectos sociales» (36 y 37).

Pues bien, ni siquiera esa precisión es nueva, por más que no me parezca todavía suficiente para definir el carácter esencialmente social del conocimiento. En efecto, ya de las mismas «relaciones de conocimiento» implicadas en las creencias y expectativas, y hasta éstas mismas, afirmaba yo que no son sólo subjetivas. Ellas y hasta el propio concepto de sí mismo tienen que ver con el entorno social del sujeto, y podríamos remitirnos a James, o Mead o Weber, Mannheim o, para no ir tan lejos, a Tajfel, Moscovici, Doise o Forgas, para demostrar que el conocimiento ha sido investigado y lo está siendo, sobre todo hoy, desde una perspectiva social y a un nivel mucho menos banal que el que se refiere al papel del conocimiento en la interacción social episódica.

La recomendación de tener en cuenta el conocimiento social llega tarde, además, porque estudios sobre categorización social o sobre niveles aún anteriores como el de la representación social, los hay y algunos hasta se van quedando ya viejos. La categorización es social no sólo cuando se refiere a los otros o a grupos, sino que «the principal function or categorization resides in its role as tool in the systematization of the environment for the purpose of action» (Tajfel y Forgas, 1981, p.11; repárese sin embargo que se trata de una reformulación, casi reimpresión en este punto, de un trabajo de 1975), y tal categorización, aunque referida al ambiente, «tiene su origen en representaciones colectivas».

Hasta tal punto es social el conocimiento que ni siquiera el análisis de los aspectos formales puede prescindir de esa característica, pues ni siquiera éstos escapan a la influencia social: los procesos de inducción y deducción en las atribuciones y la propia conceptualización del ambiente, o las consabidas creencias y

expectativas sobre hechos o existencias tienen mucho que ver con factores sociales.

Sin embargo todavía queda campo por reivindicar por lo que respecta al carácter social del conocimiento; y no es que arriesgue yo mucho, sino que también en esto existen copiosos antecedentes. El conocimiento no es sólo sistematización de información sobre el ambiente con vistas a la acción; el conocimiento «es» acción, y lo es en un doble sentido: es acción instrumental de supervivencia (así lo ve Tajfel 1975, p.354); pero es además acción en un sentido al que pudiera no ser ajeno la noción piagetiana de esquema sensoriomotor. Si en vez de interpretar el comportamiento humano en términos de conducta, lo hacemos en términos de acción, se nos abre un amplio campo de análisis de las complicaciones entre acción y conocimiento, tema si los hay para quien «no le importe pasar de la ciencia a la filosofía...o moverse en una psicología teórica, científica o filosófica» (30) y creo que imprescindible para quien intente hacer una psicología del pensamiento humano.

Desde la cuestión de la prioridad de la praxis sobre la conciencia (Marx) hasta las diversas interpretaciones de la acción de reflejo (Rubinstein, Vigotsky o Leontiev (véase de éste 1975) o Janousek 1972, Galperin 1979, Ananiev 1969, pero también Forgas 1981) o en la línea de la psicología dialéctica (Riegel, Buss, Ryschlak), ha estado presente esa noción de conocimiento como actividad marcada no solo por la «memoria colectiva» de la cultura sino también tal vez por la filogénesis si nos permitimos ser a la vez darwinianos y lamarkistas.

Hasta se opina a veces que esa línea de desarrollo es necesaria no sólo para hacer la psicología de «un sujeto que no sólo es activo sino que produce el sentido del conocimiento, de la sociedad y de la historia» como Seoane (41) (y yo añadiría de un sujeto social que en la praxis por la supervivencia se hace a sí mismo) sino que esa línea de investigación se considera necesaria y como base previa para poder hacer psicología cabal del procesamiento de información, del conocimiento social o de las diferencias individuales, una psicología teórica o empírica. Véase Holzkamp 1973, 1977, 1978, y en general la abundante producción de la denominada «psicología crítica» (Cfr. Rodríguez, próxima aparición).

*c) Por una psicología del conocimiento científico*

Una vez «arrumbados» los protocolos observacionales mediante los que el neopositivismo pretendió captar cuasi físicamente la realidad sin contaminación teórica, una vez descubierto que en la base de cualquier enunciado se hallan «categorías» y «representaciones» mediante las que socialmente construimos la realidad (Luckmann o Wittgenstein para la cotidiana, pero también Stark para la científica), es necesario que se plantee el análisis de lo que el neopositivismo dio por supuesto. Hasta aquí coincidimos. Lo que me parece discutible es la identificación sin más de conocimiento humano y conocimiento científico, y sobre todo me parece inadmisibile la reducción de la actividad científica a mera cuestión de estética, por más que haya antecedentes; mucho me temo que si se hace, por cuestiones de estilo, de buen gusto o de aburrimiento, se borren las diferencias entre un tratado de geología o de botánica y una elegía al paisaje.

A pesar de todas las crisis y de todo el «mare magnum» de ambigüedad y confusión en teoría de la ciencia, se sigue investigando, se sigue haciendo ciencia; quizás sea que lo uno vaya con lo otro, y la psicología tiene ante sí una ardua tarea por delante. No comparto la opinión de que «tanto la naturaleza del conocimiento como los medios para su adquisición son en último término problemas de las ciencias psicológicas» (Weimer 1979, p.69), y no la comparto justamente por lo que decía más arriba acerca del carácter social del conocimiento. La psicologización del tema conllevaría de nuevo una restricción de perspectiva por la que quedarían excluidas del análisis «las relaciones entre estructura cognitiva (en sentido muy amplio) y estructura social» (Buss 1979, p.3; reimpresión de 1975).

Si se acepta la distinción entre sociología del conocimiento y sociología de la ciencia como una subárea de aquélla, aparece todavía más clara la necesidad de evitar esa restricción de miras. Cierto es que las etiquetas pueden servir a veces más de entorpecimiento que de aclaración de competencias en los problemas, pero si a las etiquetas van unidas consecuencias metodológicas o de enfoque, las cosas cambian. No es casualidad

que hayan sido Marx, Mannheim, Stark o Berger quienes se han ocupado de la vertiente más propiamente social del conocimiento.

Tal vez sea prematuro aventurar que es la psicología social la que está llegando a una complementariedad en los planteamientos sociales y psicológicos, sea del conocimiento en general sea de la ciencia. Desde los inicios de la década setenta, la psicología social, y en especial la europea, ha venido ocupándose crecientemente del tema del conocimiento desde una perspectiva más social al mismo tiempo que se analizan los procesos sociales desde una perspectiva más cognitiva, hasta llegar a una considerable síntesis de ambas vertientes bajo el epígrafe de *social cognition* del que la obra editada con igual título por Forgas (1981) me parece representativa, por más que como objetaba más arriba, sigue faltándole una elaboración más a fondo de la socialidad del conocimiento.

Existe por otro lado una naciente «psicología de la ciencia» en un sentido ciertamente restringido, demasiado individualista, que necesita complementarse con la sociología de la ciencia, y tal complementación no debería reducirse a poner en común los resultados de una y otra, sino que ya como punto de partida deben actuar de consuno, por lo que opino que su *locus* adecuado es la psicología social.

El enfoque que los editores dan a la recopilación de textos editada por Tweney y otros (1981) me parece representativa de un intento unilateral de hacer una «psicología» de la actividad científica que intenta analizar no ya las motivaciones personales del científico concreto o las relaciones entre su ideología y las teorías e hipótesis que representa (cfr. Rodríguez 1981), sino que se propone descubrir «los mecanismos cognitivos que subyacen al pensamiento científico» (Tweney y otros, o.c., p.2). Hubiera sido más correcto que dijeran «del pensamiento de los científicos» y no «del pensamiento científico», ya que lo que se proponen es descubrir cómo investigadores con nombres y apellidos procesan la información de que disponen, cómo formulan sus hipótesis y en qué relación están éstas con los datos empíricos, bajo qué condiciones las aceptan o rechazan, qué base tienen sus inducciones y cuáles son las estrategias de pensamiento seguidas en el proceso de inducción y de «invención creativa». Tratan en una palabra de descubrir cómo investigado-

res concretos procesan la información en su actividad investigadora.

Una síntesis más lograda me parece la que plantean Reason y Rowan en la recopilación por ellos editada (1981) si se la considera en su conjunto: junto a trabajos sobre estrategias individuales y a propuestas de métodos concretos de investigación aparecen otros que tienen en cuenta la dinámica social de la praxis investigadora, las interacciones entre investigador y sociedad, entre unos investigadores y otros, entre teoría y praxis de la investigación sin olvidar la interacción entre investigación y praxis de intervención. Algo que ya en 1975 había planteado programáticamente A. Buss.

### **Quod natura non dat... O de si es necesario un canon**

En cualquier caso, dada la relatividad histórica y la consiguiente provisionalidad de las «justificaciones», lo que hay que justificar no son sólo las hipótesis, sino también las teorías y, sobre todo, hay que justificar los fines, el sentido mismo de la actividad investigadora.

La tecnologización de la ciencia y de la sociedad ha llegado a un punto en que las posibles hipótesis alternativas no se seleccionan en función de las posibilidades de la lógica interna de las teorías, sino de intereses (económicos, sociales, políticos, estratégicos, etc.) externos, que terminan imponiéndose como criterio de justificación y norma de la teorización.

Si las ciencias sociales y en especial la psicología tienen el carácter de *self-fulfilling prophecy* (Miller 1969), andamos muy cerca de que el control, que figura entre los objetivos declarados de la teoría positiva de la ciencia, no se ejerza —como supuestamente se asume— «según ciencia» (lo cual no dejaría de ser objetable si resulta que ésta está siempre sujeta al «salvo error u omisión»), sino que, «finalizada» la ciencia (cfr. Bohme y otros 1973), sea el control el que sirve de criterio a la investigación y no al revés.

La manida cuestión en la gran metáfora de quién haya de ser el juez que, sobre los considerandos y resultandos de los protocolos del procesamiento, emita sentencia (en enésima instancia) inapelable, deja de ser asunto de la ciencia, pues dada su historicidad y provisionalidad, no puede por sí misma decidir si el juez ha de ser el duhemiano, el popperiano o el lakasiano (cfr. Lakatos, 1974, p. 37). Ni se sabe quién es el del banquillo o qué el cuerpo del delito, pero sigue hablándose de juez, de proceso, de conocer de causas, de cánones y leyes, y todo ello desde un «jusnaturalismo» incongruentemente «positivo».

Ahora bien, si la ciencia es actividad instrumental de supervivencia de la especie y las ciencias sociales se convierten en profecías que se autocumplen, la ciencia no sólo dice lo que el hombre y la sociedad son, sino que determinan «lo que serán y deben ser». Si así es, desde que apareció el conocimiento y la actividad social, el hombre ha tomado en su mano las riendas que antes rigió la naturaleza, y desde ese momento no es válido ya el canon naturalista para las ciencias del hombre: el canon de éstas debe ser «promulgado», positivo. Pero no podrá hacerse según la ciencia, ya que es condición para que ésta exista. De este modo, si el canon determina qué y cómo ha de ser la ciencia, indirectamente determina qué y cómo han de ser la sociedad y el individuo.

Si carecemos de canon o norma para contrastar inapelablemente la ciencia, si en definitiva es siempre cuestión de opiniones, creencias y valores subjetivos —por más que de proveniencia social— mucho es de temer que no tengamos *episteme*, sino sólo *doxa* disfrazada. Quizás en vez de lanzarnos a proclamar cánones, que serían siempre al estilo y del gusto de quien lo haga, haya que reconocer hasta el final que el hombre es irremisiblemente social no sólo en su origen filogenético y ontogenético, sino también en la decisión de su futuro, en la decisión de lo que quiere ser y hacer de sí mismo como especie y, por consiguiente, como individuo.

Tal vez sea todo esto demasiado especulativo. Sea. Sigo, no obstante, opinando que la obsesión del investigador no debiera ser tanto la de cómo justificar los resultados de su actividad, las hipótesis, sino la de cómo se justifican los fines a los que sirven sus teorías y la ciencia.

No estoy por la especulación ni menos entiendo que la ciencia deba ser sustituida por alguna suerte de ética *sub specie aeternitatis*, que al fin no sería menos subjetiva que la ciencia. Lo que antecede tiene su sentido práctico y me he ocupado en otro lugar de sacar consecuencias metodológicas para la investigación empírica y teórica en las ciencias sociales: los problemas de la generalización, de la validez o de la validación han proliferado hasta desembocar en un muy sospechoso «todo vale», sin que se tenga nada claro «para qué». Proponía yo entonces recuperar una alternativa metódica que valdría la pena poner a prueba: la denominada *action research*, por la que el científico no actúa como mandarín de supuestos místicos arcanos, sino como ilustrador que ayuda a que el problema sea reconocido y resuelto por aquellos que se encuentran en él.

Entre otras cosas, tal forma de proceder tiene la ventaja de que, una vez que la ciencia ha llegado a la situación de aprendizaje de brujo, pueda ser la propia sociedad la que decida por sí misma y no por delegación —o por usurpación— qué y cómo quiere hacer de sí misma. A cada uno nos va en ello el qué y cómo queramos ser. Quizás no sea de desechar tan a la ligera aquello de que a la cientifización de la sociedad debe acompañar la socialización de la ciencia. La objeción de que la ciencia quedaría paralizada y la supervivencia amenazada, tiene su reverso en la de que quizás la amenaza no provenga de una eventual paralización de la ciencia, sino de la no paralización del actual «uso» que de ella se hace.

Problemas teóricos de la metodología de investigación podrían hallar salida en una *action research* en la que teoría y praxis se hallan en interacción directa y sujeto y objeto de la investigación o no son diferentes o por lo menos no se hallan en la relación de aleccionador y aleccionado por decirlo de la forma más leve. ¿Quién, en vistas de lo dicho más arriba, puede osar decir por otros o por todos, en nombre de una supuesta ciencia neutra y objetiva, lo que ha de ser de todos? Si la ciencia es tarea asumidamente social, también sería entonces social la decisión de lo que hayamos de ser y la forma de conseguirlo.

## **Apostilla**

Si todo eso es así, al contexto de justificación de las hipótesis habría que añadir el de la justificación «que hace mejor al que justifica» (32) antes de que se lance a abrir «nuevas vías de pensamiento, de sociedad y de psicología» (27).

## **Referencias**

Ananiev, B. (1969): *El hombre como objeto de conocimiento*. (versión alemana del original ruso, VEB, Berlín, 1974)

Bome, G.-Daele, W.-Kohn, W. (1973): Die finalisierung der Wissenschaft. *Zeitschr. für Soziologie*, 2, 128-144.

Bourdieu, P. et al. (1976): *El oficio del sociólogo*. Siglo XXI, Madrid

Buss, A. (1975) (reimpreso en Buss, 1979a): The emerging field of the sociology of psychological knowledge. *Amer. Psycho.*, 30, 988-1002.

Buss, A. (1979a): *Psychology in social context*. Irvington, New York

Buss, A. (1979b): *A dialectical psychology*. Irvington, New York.

Carroll, J.S.-Payne, J.W. (1976): *Cognition and Social Behavior*. LEA, Hillsdale, N.J.

Cohen, D. (1980): *Los psicólogos hablan de psicología*. Cátedra, Madrid.

Fishbein, M.-Ajzen, I. (1975): *Belief, Attitude, Intention and Behavior*. Addison Wesley.

Flament, C. (1972): The cognitive structure of the scientist. En Israel y Tajfel, 1972, p. 392-406.

- Forgas, J.P.(ed)(1981): *Social Cognition*. Academic Press, Londres.
- Gergen, K.J.(1973): Social psychology as history. *Journ. Pers. Soc. Psych.*, 20, 309-320.
- Holzkamp, K.(1973): *Kritische Psychologie*. Fischer, Franckfort.
- Holzkamp, K.(1977): La superación de la arbitrariedad científica de las teorías psicológicas de la psicología crítica. (original de 1977, reproducido en Holzkamp, 1978; vers. española de A. Rodríguez (aparecerá próximamente).
- Holzkamp, K.(1978): *Gesellschaftlichkeit des Individuums*. Pahl-Rugestein, Franckfort.
- Israel-Tajfel, H.(1972): *The Context of Social Psychology*. Academic Press, Londres.
- Janousek, J.(1972): The marxian concept of praxis. En Israel y Tajfel, 1972, p. 279-294.
- Leontiev, A.N.(1975): *Actividad, Conciencia, Personalidad* (vers. alemana del original ruso. Volku, Wissein, Berlin).
- Miller, A.G.(1969): Psychology as means of promoting human welfare. *Am. Psych.*, 24, 1063-1075.
- Moscovici, S.(1972): Society and theory in social psychology. En Israel y Tajfel (1972) p. 17-68.
- Moscovici, S.(1975): *Introducción a la Psicología Social*. Planeta, Barcelona.
- Pepitone, A.(1976): *Toward a normative and comparative biocultural social psychology*. *Journ. Pers. Soc. Psych.*, 34, 641-653.
- Pinillos, J.L.(1975): *Principios de Psicología*, Alianza, Madrid.
- Reason, P.-Rowan, J.(eds)(1981): *Human Inquiry*. John Wiley, New York.

*Boletín de Psicología, No. 1 y 2, Diciembre 1984*

Ring,K.(1967): Experimental Social Psychology: Some sober questions about some frivolous values. *Journ. Exp. Soc. Psych.*, 3, 113-123.

Rodriguez,A.(1981a): Action research, ¿una alternativa viable? (en prensa).

Rodriguez,A.(1981b): Estudio de las actitudes políticas desde la perspectiva de la interacción social. (Comunicación presentada en *Reunión Internacional de Psicología Científica*, Alicante, Febrero de 1981.

Rodriguez,A.(en preparación): Presentación de la Psicología crítica. (Introducción a la versión española de Holzkamp, 1977).

Seoane,J.(1981): Psicología cognitiva y psicología del conocimiento. *Boletín de Psicología*, 1, p. 23-43.

Simon,H.A.(1976): Cognition and social behavior. En Carroll y Payne, (1976), 253-267.

Stark,W.(1958): *The Sociology of Knowledge*. Routledge & Kegan Paul, Londres.

Skolimowski,H.(1979): *Racionalidad evolutiva*. Cuadernos Teorema, 35.

Tajfel,H.(1975): La categorización. En Moscovici, 1975, p. 349-387.

Tajfel,H.-Forgas,J.P.(1981): Social categorization. Cognition, values and groups. En Forgas, p. 113-140.

Tweney,R.D.-Doherty,M.E.-Mynatt,C.R.(1981): *On Scientific Thinking*. Columbia University Press.

Weimer,W.B.(1979): *Notes on Methodology*, LEA, Hillsdale, N.J.